

BREVE RESEÑA DE LA VIDA

DE

D. FACUNDO PALACIOS

Parroco que fué de Castrillo Tejeriogo

Como la historia de Capilludos en el corto periodo que don Facundo permaneció en Castrillo, va unida á los hechos de este respetable señor, me parece no estará por demás hacer una breve reseña de su vida, esperando que estas líneas serán del agrado de cuantos tuvieron el gusto de conocerle y de grande edificación para todos los que las lean.

Nacido en Castrillo de Onielo, en 27 de Noviembre de 1843, de padres nobles y cristianos, mamó con la leche, la inclinación á lo bueno. De un natural alegre, era en su juventud muy divertido: habiendo hecho sus estudios en el seminario de Palencia, se ordenó de sacerdote en 1874, y cantó su primera misa en el pueblo natal, en 9 de Junio del mismo año.

Desde luego dió á conocer lo penetrado que estaba de la grande dignidad que tenía, y de que debía corresponder á los designios de Dios sobre él. En efecto: destinado por el Señor Obispo á desempeñar en la diócesis una parroquia, en el pue-

blo de Adalia trabajó incansable por el bien de aquellas almas, motivo por el cual sintieron vivamente su salida, no habiendo podido disfrutar sino por poco tiempo de sus buenos oficios.

Llegado á Castrillo Tejeriego, se ganó, desde luego, las simpatías del pueblo, por su vida laboriosa, recogida, y aun penitente: jamás dejaba pasar el domingo sin explicar el Santo Evangelio. Instaló la cofradía del Sagrado Córazón de Jesús y de Hijas de María: estimuló á muchas de estas para que fueran á aprender á hacer flores, bajo su dirección, para adornar los altares. ¡Con qué paciencia daba sus instrucciones! ¡con qué esmero cuidaba después su trabajo y el de tantas personas que habían correspondido á su invitación!

Donde parecía incansable, era en el púlpito: quería con el más vivo interés que sus feligreses practicasen la virtud: explicaba á los niños la doctrina, y no contentándose con eso predicaba muchas veces por la tarde, aun cuando lo hubiese hecho por la mañana.

Los jóvenes eran un particular objeto de sus atenciones: tiempo hubo en que reuniéndolos á todos los de la escuela, los llevaba á la Ermita de Nuestra Señora de Capilludos, para que, lejos de los peligros, se divirtieran inocentemente. ¡Con qué gusto tomaba parte en sus sencillas diversiones, para animarlos! ¡con qué placer repartía entre ellos algún regalillo, para que les quedara de-

seo de volver! ¡qué contento regresaba al pueblo haciéndoles cantar alegres é inofensivas canciones! Pero, si los niños llamaban su atención, no por eso descuidaba á los mayores.

Cuando tenía el dolor de ver á alguno que no quería acercarse á los Santos Sacramentos para cumplir con el precepto pascual, ¡cuántos consejos y amonestaciones! ¡cuántas exhortaciones, y aún súplicas le dirigía! testigo ocular, el que escribe estas líneas, jamás olvidará los ejemplos de solicitud para con las almas á él encomendadas, no importando nada á tan virtuoso señor, recibir alguna repulsa cuando buscaba á los remisos, con tal de lograr su intento.

De su vida interior, diré que era la de un fervoroso religioso: cuando iba á celebrar la santa misa ó regresaba á su casa, jamás levantaba los ojos del suelo; rebózado entre su manteo, andaba muy recogido.

Cuatro meses pasó en el noviciado de los PP. Passionistas, siendo la edificación de todos sus conovicios y demás Padres que le observaban, siéndoles muy sensible verse privados de él pero mucho más sensible y doloroso fué para su corazón tener que dejar aquel santo Retiro para atender á las reiteradas instancias del Señor Obispo, que deseaba vivamente volviese á Castrillo, privado aún de pastor.

Es indecible el gozo con que el pueblo le reci-

bió: la noticia de su venida se corrió como el relámpago por todo el pueblo, y al momento acudieron á la iglesia, á donde se había dirigido, para ver y saludar al que con tantas ansias deseaban.

Desde luego empezó á llevar la vida austera, penitente y mortificada que en el claustro había aprendido, pudiendo asegurar que, si bien salió del convento con el cuerpo, no salió con el espíritu, suspirando de continuo por la amada soledad y deseando volver á ella lo antes posible.

Ayunaba con rigor, vestía pobremente, llevando una simple túnica, como la del Pasionista, de un paño basto y ordinario, no andaba descalzo, pero no gastaba medias: las noches las pasaba en la iglesia, siendo Dios solo testigo de sus maceraciones, si bien yo pude apércibirme del instrumento con que las hacía. Dónde, ó cómo pasaba la noche, no lo diré, porque me es desconocido si la pasaba toda en oración, ó bien tomaba algo de reposo en algún lugar del templo, pero me inclinó á esto último, levantándose á rezar maitines y laudes á la una; y pasando en oración hasta las dos y media, como hacen los Religiosos Pasionistas, cuya vida él llevaba.

En los últimos años de su vida había edificado una casita, ó más bien llamaré choza, cerca de la iglesia, para tener ocasión de estar más cerca del Santísimo Sacramento: delante de este divino Señor, pasaba los ratos como estático, y de aquí sa-

caba aquel recogimiento y mortificación, que en él se observaba: no puedo pasar en silencio un rasgo de su vida sobre este particular, que confirma lo que digo.

Era grande el gusto que tenía en fumar; tanto, que casi no lo interrumpía, pero tal fué la fuerza de voluntad, que en unos santos ejercicios practicados en Palencia, hizo el propósito, que cumplió con toda exactitud y fidelidad, de no volver á fumar, con esta particularidad, que teniendo el tabaco en casa para darlo á los que gustaban, él jamás volvió á tomar un cigárro.

Industrioso en sumo grado, manejaba con destreza el pincel, y no diré que era un escultor consumado, pero sí que hacía con bastante perfección las obras de este arte: hallándose la iglesia bastante deteriorada, y teniendo grande celo por el decoro de la casa del Señor, emprendió en 1880 el arreglarla, y lo llevó á cabo con un solo albañil y algunos otros obreros, dando acertadas medidas para construir los andamios. Causaba admiración verle con la brocha y la pintura, ó bien con el yeso, ora sobre los andamios que se elevaban hasta las bóvedas, ora metido en un cesto para pintar ó blanquear donde no llegaban con el andar. 10.

Donde principalmente empleó todas sus fuerzas y aun derramó sus sudores, fué en la Ermita de Nuestra Señora de Capilludos: desde su venida al pueblo empezó á reformarla, pintando bancos

y paredes, y colocando y pintando en 1880 una verja de hierro, que regalaron don Gregorio Cortijo, don Marcos de Aza, don Sebastián de Aza y doña Isabel de la Fuente.

Estimulando la caridad de los vecinos de Castriello, reunió en 1882 el dinero suficiente para comprar un armonio, el que colocó en un corito hecho *ex-profeso* para esto, sustituyendo á un órgano que había, completamente arruinado: no contento con esto, quiso hacer una casa para el ermitaño, á fin de que viviese junto á la santa Imagen, como había vivido hasta el año 1870, próximamente, en una casa detrás de la Ermita, y si bien no pudo lograr su intento, no por eso fué menor su trabajo y empeño, ¡cuántas veces le ví tomar el azadón ó el pico! ¡cuánto anduvo para recoger la madera y materiales necesarios!

Queriendo formar de los alrededores del santuario un lugar delicioso y que excitara más y más la devoción de los fieles, invitó á estos para que le ayudaran á plantar árboles: los vecinos de Castriello correspondiendo, como siempre, á la invitación de su Párroco, plantaron crecido número en todo el terreno que rodea la Ermita, haciendo lo mismo, después, con las dos tierras inmediatas que él había adquirido: éstas las plantó de frutales, pero tanto unos como otros han desaparecido á la muerte de don Facundo, acaecida en el año de 1886.

Preocupado únicamente de la salvación de las

almas, por atender á tan sublime ministerio contrajo la enfermedad que le condujo al sepulcro: no hizo caso de su mal hasta que estuvo á las puertas de la muerte, y cuando las personas que trataban más de cerca quisieron apercibirse y poner eficaz remedio, ya no fué posible atajar la enfermedad, llevándole una fulminante pulmonía de este mundo al otro, á la edad de 43 años.

Su muerte fué muy sentida por los vecinos de Castrillo, y la memoria de tan celoso Párroco estará siempre viva entre ellos, recordando con edificación su santa vida.

Nuestro Dios y Criador conceda á Castrillo Párrocos como este, para que dirigiendo las almas por el verdadero camino de la eterna salvación, entre todos en la gloria para disfrutar sin fin. Amen.



INDICE

	Pág.
Prólogo	5
Capítulo primero.—Descripción de Castrillo Tejeriego y Valle de Jaramiel.....	7
Capítulo segundo.—Aparición de Nuestra Señora de Capilludos	11
Capítulo tercero.—Descripción de la Imágen	19
Capítulo cuarto.—Descripción de la Ermita de Nuestra Señora	24
Capítulo quinto.—Culto tributado á Nuestra Señora	30
Capítulo sexto.—Peregrinación en 1897.....	37
Capítulo séptimo.—Descripción de la Fiesta de Capilludos	42
Capítulo octavo.—Hermandad de Nuestra Señora de Capilludos	45
Capítulo noveno.—Milagros de Nuestra Se- ñora	60
Capítulo décimo.—Haciendas.....	70
Capítulo undécimo.—Pleitos sobre la perte- nencia de la Ermita y sus bienes.....	74
Novena en honor de Nuestra Señora de Ca- pilludos.—Día primero.—Oración para to- dos los días	85